

SUPERAR LAS SECUELAS DEL TERRORISMO

Irene Villa González



RESUMEN:

En la vida siempre hay retos que superar y obstáculos que saltar. Mientras se tienen la ilusión, la confianza y las fuerzas necesarias para superar cualquier barrera, no hay ningún problema. Pero hay veces, que esas ganas de seguir adelante desaparecen.

Cualquiera de las personas que vivimos marcadas por el terrorismo, hemos tenido que superar esa etapa de caos y desesperanza que origina un hecho trágico.

Palabras clave: terrorismo, violencia, atentado, miedo, derechos humanos, paz, confianza.

ABSTRACT:

In this life there are always challenges to overcome and obstacles to jump. While one has illusion, the trust and strength necessary to overcome any barrier creates no problem. But there are times when the desire to go on disappears.

Any of the people who have been marked by terrorism, have to overcome this period of chaos and hopelessness which a tragic event causes.

Keywords: terrorism, violence, assault, fear, human rights, peace, trust.

Correspondencia con la autora: sirevilla@yahoo.es

Original recibido: marzo 2007. Original aceptado: junio 2007

Como todos sabéis, cuando tenía doce años, unos terroristas pusieron una bomba en el coche de mi madre y como consecuencia, ambas sufrimos amputaciones. Hasta ese momento yo no sabía quién era ETA. La banda terrorista que mata en España con la excusa separatista. Y lo primero que me pregunté, es qué teníamos que ver mi madre y yo con la independencia de una región de España. Pero en seguida descubrí que tampoco tenían la llave de ese deseo secesionista todos los militares, policías, guardias civiles, concejales, intelectuales, niños y ese dramático largo etcétera que ETA lleva matando desde el año 1968.

Entonces, como no había respuesta para la sinrazón, decidimos que en aquel momento teníamos dos opciones:

1. Vivir siempre amargadas, sufriendo, maldiciendo a quienes habían hecho aquello y encerrarnos a llorar, o
2. Mirar hacia delante y luchar con valor y optimismo por recuperar nuestras vidas.

Sólo hace falta que te quieras un poquito para optar por lo segundo. No iba a consentir que unos fanáticos, además de robarme las piernas, me quitaran la alegría. Ni tan siquiera toleré que aquel atentado cambiara mi vida, y mucho menos mi forma de ser.

No creo que unos terroristas se merezcan mi sosiego y felicidad. No iban a convertirse de pronto en dueños de mi vida robándome todos los sueños. Simplemente porque no tenían ningún derecho ni yo les iba a conceder ese privilegio.

Ni mi madre ni yo dejamos que aquel hecho nos marcara, porque hay cosas mucho más bonitas que el odio. No tenemos rencor a los etarras, ni nos lo planteamos. No hemos dejado que nos toquen la moral.

En la vida siempre hay retos que superar y obstáculos que saltar. Mientras se tienen la ilusión, la confianza y las fuerzas necesarias para superar cualquier barrera, no hay ningún problema. Pero hay veces, que esas ganas de seguir adelante desaparecen.

Hay hechos que parecen no poder devolverte jamás la esperanza de vivir. Son hechos que tiran por tierra la fe en un futuro mejor. Aniquilan la esperanza de un mundo feliz y justo. Chocan frontalmente con la tranquilidad de pensar

que todo irá a mejor. Te expulsan bruscamente de ese mundo ilusorio sobre el que creemos tener pleno control para instalarte, aparentemente de forma definitiva, en el desaliento y la impotencia.

Cualquiera de las personas que vivimos marcadas por el terrorismo, hemos tenido que superar esa etapa de caos y desesperanza que origina un hecho trágico.

Hemos tenido que transformar la sensación de inseguridad que provoca sentirte objetivo de una ofensiva que ni conocíamos.

El dolor que desata cualquier acontecimiento que te cambia la vida drásticamente o te arrebatata a un ser querido, se multiplica cuando ha sido originado por la acción por nuestros semejantes. Me estoy refiriendo a las acciones de los terroristas. Estas acciones, no sólo destrozan familias y arruinan vidas, si no que acaban con la esperanza que todo ser humano debe tener para poder vivir feliz.

Porque los atentados terroristas aniquilan la idea que todos tenemos y necesitamos para vivir, sin perder las ganas de hacerlo, como es la de que vivimos en un mundo justo. Quizá no sea verdadera, pero sí necesaria para poder seguir compartiendo el mundo con miles de personas más y, sobre todo, para conservar la esperanza.

Esa que siempre, estés en la situación que estés, te va a impulsar, como un motor, hacia delante, a luchar, a no rendirte.

Los atentados terroristas destrozan los sistemas de protección que cualquier ser humano tiene para poder vivir. Esos sistemas de protección hacen que te sientas seguro en el mundo en el que vives. Que disfrutes de tu entorno y confíes en que nada malo va a ofrecerte.

Pues bien, esta seguridad necesaria para la vida, se hace pedazos tras un atentado.

Nuestra creencia en un mundo justo se desvanece ante el ataque terrorista. Esa sensación de control, básica en la búsqueda de la felicidad, incluso en la lucha por la propia supervivencia, se hace añicos al tiempo que lo hace la persona a la que amas o tú mismo.

El objetivo de las asociaciones de víctimas del terrorismo, es ayudar a vencer el trauma psicológico que puede derivarse de un atentado terrorista y recuperar la vida que teníamos o que deseamos tener.

Para ello es fundamental asumir los hechos y no mirar atrás.

Las claves para detectar el trauma son: miedo inmenso, sensación de amenaza, pérdida de control e indefensión.

A veces, para evitar estos dolorosos sentimientos, las víctimas del terrorismo y de otras atrocidades, niegan los hechos.

Las más grandes crueldades han ido seguidas de la negación. Es como un resorte de supervivencia que nos libera gran parte de la carga emocional que supone cualquier hecho atroz.

Sin embargo, para curarse, es necesario recordar.

Intentar olvidar y maquillar los hechos o transformarlos por completo en nuestra mente para no sufrir, no suele dar buenos resultados. Es necesario contar la verdad de los atentados. Sin embellecer ni un detalle.

Una realidad desagradable, por muy terrible que sea, no puede borrarse ni de la historia ni de la mente, como si no hubiera existido nunca.

Muchas veces, el trauma nace precisamente del conflicto de la víctima entre negar la terrible realidad que le ha tocado vivir, y la necesidad de desvelarlo.

Esa necesidad de expresar los sentimientos, de contar lo que nos ha ocurrido, es lógica y su fin último es liberarse de esa tensión que le crea la negación.

Por eso es tan importante expresar nuestros sentimientos como el primer paso hacia nuestra curación. Porque cualquier experiencia, más aún si es dura, hay que dejarla ir, y la mejor forma de hacerlo, es contándola.

Debemos desprendernos de un pasado que al quedar retenido puede seguir lastimando de por vida. El hecho de no expulsar a través de las palabras el suceso trágico que marcó nuestra vida, hace que lo hagamos de otra forma: mediante síntomas.

Si recurrimos a la bibliografía de los síndromes traumáticos, descubrimos que las fases fundamentales de la recuperación son:

- **Recobrar la seguridad.** Es fundamental para cualquiera que ve su vida amenazada o deteriorada, sentirse de nuevo seguro en un mundo que necesitan volver a considerar justo, para poder seguir viviendo y superar la tragedia.

- Reconstruir la historia del trauma. Saber lo que pasó, trabajar, en definitiva, en contra de la negación.
- Restaurar la conexión entre los supervivientes y su comunidad. No podemos olvidar que somos seres sociales y como tales, necesitamos de la integración y la aceptación en sociedad. Aunque el hecho desafortunado pretenda excluirnos de una sociedad civilizada, ésta debe acogernos y darnos todo su apoyo.

El problema con el que nos encontramos las víctimas del terrorismo, es la dificultad de asumir un hecho terrible completamente en vano. Porque ser víctima del terrorismo es algo que va contigo día a día y hasta el final de tu vida.

Es un estigma que puede ser superado, con mucha energía y un espíritu fuerte, pero que te deja marcado para toda la vida. Aunque llegues a afrontarlo y a mirar hacia delante con optimismo, siempre está ahí. Siempre serás la víctima de unos desalmados que intentaban solucionar un problema que incluso desconoces, matando.

Te conviertes en objetivo de unos asesinos que están llevando a cabo una misión, que ni siquiera sabías que existía, en nombre de unas ideas ilógicas e inviables.

El hecho de que sea un acto de violencia en vano, completamente irracional, absurdo y gratuito, deja una huella difícil de borrar. Porque si al menos todas esas muertes, todo el dolor y las mutilaciones que van dejando a su paso los actos terroristas, sirvieran de algo, nuestras mentes, las de las víctimas, podrían activar mecanismos de superación y autodefensa de una forma más o menos efectiva.

Pero el hecho de que te roben vidas en el nombre de un chantaje que ni te va ni te viene, es tan absurdo como desalentador. Saberse mutilado sin causa es absolutamente desmoralizante.

Y todo por sembrar el terror. Porque saben que sus objetivos no se cumplirán matando. La única aspiración de los terroristas es esparcir su odio por doquier. Que les ayudemos a soportar la persistente carga del resentimiento. Pero no lo consiguen, porque la mayoría de las víctimas decidimos que el odio, se lo dejamos a ellos. Que no nos lo iban a contagiar.

Y así es como, poco a poco, afortunadamente, todos nos restablecemos. Unos antes que otros. Porque el ser humano busca la estabilidad. Y, como suele decirse, de todo se sale.

Pero intentar en vano encontrar una explicación razonable a la barbarie, es desastroso.

El primer escalón en nuestra subida de nuevo a la superficie, es pues, asumir que no existe un porqué ni ha servido de nada, ni servirá, tanto sufrimiento.

Pero es difícil superarlo por varias razones.

La primera es que no has tenido la oportunidad de evitarlo.

Tampoco has podido hacer nada para prevenirlo.

Ni siquiera has tenido la posibilidad de combatirlo. Esto es aún más frustrante y produce mayor impotencia si cabe.

Porque atentan contra ti pero sin motivos en tu contra, lo que hace que sea aún más difícil de comprender y encajar la terrible realidad en la que convierten tu vida.

Y sin darte ni siquiera, la posibilidad de defenderte. Te matan o mutilan por la espalda. O desde lejos. Activando un botón o haciendo que una bomba lapa haga explosión bajo tu cuerpo.

Se trata de un juego en el que nos involucran, sin avisar. Es un juego de cobardes.

Un juego inventado por quienes se creen con todo el derecho y la libertad para crear un enemigo al que poder ver saltar por los aires. Aunque no le haya hecho nada.

Un juego de quienes necesitan expresar su odio destrozando vidas humanas y hundiendo familias felices a las que ni conocen.

Un juego que bien saben que no podrán ganar nunca pero mediante el cual necesitan hacerse oír. Un juego asesino del que se sienten los únicos protagonistas.

Porque los terroristas son acusadores compulsivos. Necesitan echar la culpa de su malestar y su odio a todo el que no piense como ellos.

Por eso no expresan compasión por sus víctimas ni remordimientos por sus malas acciones.

Lo que ocurre es que creen que sus necesidades y sus sentimientos están por encima de las de cualquiera.

Lo paradójico de los terroristas y sus cómplices, es que desfiguran la realidad a su antojo para convertirse en víctimas. Luego ese papel de víctima que tanto nos cuesta a nosotras superar, se lo adjudican ellos para poder matar tranquilamente.

Llega a tal punto su convencimiento que hacen suya la maquiavélica afirmación: "el fin justifica los medios".

Y esos medios que defienden y creen que están plenamente justificados, son las bombas que colocan mientras dormimos o las pistolas con las que asesinan a sangre fría. Para ellos, nuestro sufrimiento, está justificado.

Creen que nuestras muertes son el camino a recorrer para conseguir lo que está fuera de un acuerdo mayoritario llamado Constitución.

Lo paradójico, es que las víctimas del terrorismo no tenemos la capacidad de cambiar ese marco constitucional que garantiza la seguridad y la convivencia de todos. Sin embargo, atentan contra nosotros como si tuviéramos la herramienta adecuada para hacerlo.

Hemos tenido que ser usados para saciar inútilmente los deseos insaciables de quienes luchan asesinando. Lo sorprendente del asunto es que el fin de la lucha es inviable dentro de nuestro marco jurídico y constitucional. Luego las muertes no sirven para nada.

Por eso cuesta tanto encajarlo. No te matan por robarte o por sacar algún beneficio de ti, si no que te utilizan como un eslabón más de esa cadena de asesinatos que pretende desestabilizar un país.

Utilizan tu cuerpo, tu estabilidad emocional, tu inocencia, para retar a un estado al que odian y al que quieren ver a sus pies. Los terroristas son asesinos en serie. Sus víctimas no les producen el más mínimo arrepentimiento. Lo han declarado en muchas ocasiones.

Nosotras somos las fichas que tienen que mover para conseguir sus objetivos. Somos sólo símbolos de una sociedad que los terroristas tienen que amedrentar para que sus exigencias radicales sean escuchadas e impuestas.

Saberte utilizado en una causa estéril, dificulta el hecho de superar un atentado terrorista, porque absorbe tus energías y tus ganas de luchar. Contra esa falta de fuerzas también tenemos que luchar.

Pero cuesta ver que los asesinos dan cualquier paso, por mínimo que sea, a través de nosotros.

Es duro encontrarse con una realidad que despeja dudas sobre que nosotras, las víctimas del terrorismo, ajenas a cualquier pretensión nacionalista o de cualquier otro corte, seremos moneda de cambio.

Que algún terrorista pueda conseguir alguna mínima pretensión después de haber matado, daría sentido a esa macabra cadena de asesinatos.

Porque eso significa que hemos sido un eficaz instrumento en manos de unos terroristas. Eso justifica todas las muertes y da una razón de existir al terrorismo. Por eso creemos en la derrota del terrorismo. Creemos que ningún terrorista es merecedor del fin que busca ya que lo hace utilizando la violencia.

Quien usa la violencia para conseguir un fin, pierde automáticamente el derecho a defender esas ideas, por muy loables y honrosas que sean. Quien mata para conseguir algo, pierde su derecho de reclamo.

Sin embargo, en nuestro país y en muchos otros, existen seres dispuestos a amenazar, extorsionar y hasta matar, para imponer unas ideas que no son capaces de defender con la palabra.

La banda asesina ETA ha matado en España indiscriminadamente. Y, como han anunciado siempre, no abandonarán sus pretensiones hasta que sean plenamente satisfechas.

A pesar de esto, el 29 de junio de 2006, fecha que ninguna víctima española olvidará, el Gobierno de España decidió abrir conversaciones con los terroristas, como si la banda asesina fuera un interlocutor más con todo el derecho a ser escuchada.

Con todo nuestro dolor y nuestra desesperanza, se confirmó lo que temíamos, como una supuesta medida valiente y necesaria.

Me gustaría saber qué tiene de valiente no enfrentarse a los asesinos ni bajar en su derrota y optar por escuchar una vez más, sus irrevocables pretensiones.

Y es que, hasta el momento, no han dejado las armas, único requisito para poder abrir esas conversaciones.

Y mucho menos, existen señales inequívocas de ese fin del terrorismo, porque no se han arrepentido, y han vuelto a amenazar, a mandar cartas de extorsión, a la violencia callejera...

Es asombroso que a la vía utilizada para llevar a cabo esos objetivos, o sea al conjunto de los actos asesinos que comenzaron en España ya en 1968, y demás violencia esparcida, lo llamen lucha.

Son las acciones de los que, sin remordimientos, pegan un tiro en la nuca o ponen bombas protegidos por la oscuridad de la noche. ¿Qué tipo de lucha es esa?

Si el adversario es tan sólo un cebo, un blanco fácil, completamente ajeno al trágico fin que le han impuesto, y desarmado, al que ni siquiera dan la oportunidad de huir.

Eso no es una lucha, es un ataque cobarde, porque es por la espalda. No van de frente. Hay ataque pero no hay guerra. Aquí sólo luchan los que poseen las armas y las utilizan de la forma más vil y cobarde: por la espalda.

Los que sí van de frente, son esa parte de la sociedad comprometida con la derrota del terrorismo. Esos que no se conforman con que se deje de matar si no que quieren libertad y luchan por ella.

Por una libertad sin condiciones y una paz sin reproches. Así es como yo también entiendo la paz, sin condiciones ni reproches, sin duda es el único camino.

Una paz sin rencores. De otro modo, nunca llegará. Porque entrarías en una dinámica de odios. En la "espiral de la violencia". Para romper estos ciclos de violencia, tenemos que desechar el odio.

Si es que basta con echar un vistazo atrás, para comprender que la violencia no es el camino. Basta con un mínimo de inteligencia para descubrir que matando no se consigue nada.

Basta con un poquito de juicio para entender que la base de la convivencia está en el respeto de los derechos humanos. Y sólo respetándolos pueden hacerse todas las propuestas del mundo. Porque todo vale mientras exista el respeto.

Siempre digo que no hay nada como una mente abierta. Hasta puedo llegar a comprender las causas que mueven a los terroristas. Sólo les pido que respeten los derechos humanos.

Que el pensamiento es libre, pero las personas también. Nadie puede decidir por nadie. Y mucho menos con la coacción y las bombas.

Que los que aún no se han dado cuenta, entiendan que en el mundo de los humanos, hace mucho que dejó de gobernar la ley del más fuerte.

Tenemos que enseñarles que, como muy bien decía Gandhi: "no hay caminos para la paz, la paz es el camino". Que basta ya de violencia. Que queremos la paz. Que queremos la libertad.

Los infelices que no entienden de pluralidad y convivencia pacífica, suponen una amenaza para el resto del mundo. Porque los intolerantes siembran el odio. Pretenden traspasar un poquito de ese odio y malestar a los demás. Y, desgraciadamente, muchas veces lo consiguen.

Si acaso esos cobardes viajaran, tendrían la posibilidad de ver que existen otras culturas, igual de válidas y respetables. Que existen otras formas de vida perfectamente respetables. Viajando, quizá, se curarían de ese nacionalismo enfermo. Enfermo porque más que amar su tierra, se dedican a odiar lo que llaman "tierras extrañas".

También tendrían que conocer la historia, pero la verdadera, sin manipulaciones. Sólo así entenderían la necesidad de comprensión y conciliación.

Sólo así reconocerían la existencia de un tronco común, del que emerjan todo tipo de propuestas, pero eso sí, respetando siempre los derechos humanos.

Porque la declaración de los Derechos Humanos es, en última instancia, un alegato de paz. Y es en ese camino hacia la paz, en el que podemos colaborar todos.

Todos podemos participar en la defensa de los derechos humanos. De hecho, creo que es nuestro deber.

Luchar por lo que creemos. Defender la integridad física y moral de las personas. Porque a ello estamos comprometidos como seres humanos. Aunque sólo fuera por solidaridad con quienes hemos visto vulnerados nuestros derechos.

Tanto los que viven privados de libertad como los que hemos sufrido las consecuencias del terrorismo, necesitamos que se luche por los derechos.

También merecen que luchemos por los derechos fundamentales, quienes viven apartados de la sociedad, porque alguien les cree diferentes, o quienes ven su dignidad pisoteada, porque alguien les cree inferiores. Necesitamos una respuesta contundente por parte de todos.

La falta de movilidad, produce un freno en la consecución de cualquier meta que nos propongamos. En este caso, si queremos libertad, me temo que tendremos que luchar por ella.

La inactividad de los que creen que su esfuerzo será inútil, hace daño. Porque permite. Y permitir la violencia significa colaborar en ella: "La pasividad es el origen de las tiranías".

Por eso hay que denunciar todo tipo de violencia. Hay que pronunciarse contra la violación de los derechos humanos. Y eso es algo que nos debería unir a todos, por encima de cualquier bandera, nación, raza o religión.

Como aún siguen vulnerándose los derechos fundamentales en mi país, y en muchos más, no podemos refugiarnos en la pasividad. Y el miedo no vale.

Porque es precisamente lo que pretenden sembrar esos terroristas. Miedo. Matan a una persona para matar de inmediato al resto con el terror. Su aliado es el silencio. Un silencio que propaga ese miedo por todas partes.

Su otro gran aliado es el respaldo político. Esos que jamás se ocuparon de las víctimas del terrorismo e incluso comprenden a los que usan las armas para expresarse.

Creo firmemente en la defensa de los Derechos Humanos por encima de todo. Y quizá, como único nexo de unión. Un lugar común que no tiene himno ni límites.

Tenemos que pronunciarnos todos en contra de la vulneración de los derechos. Y debemos hacerlo con la esperanza de que nuestra aportación será decisiva. Porque absolutamente todos podemos y debemos aportar nuestro granito de arena para construir la paz.

La falta de confianza en las propias capacidades es la que nos impide avanzar. El no sentirte capaz te vuelve pasivo. Y desde la pasividad, ni se actúa ni se aprende. Al revés, desde la pasividad te manejan.

Te conviertes en lo que quieran quienes tengan el poder. Al no tener un convencimiento positivo de que los derechos pueden llegar a respetarse, es difícil que se luche por ello. Y el no luchar significa el silencio.

Creo que contra la violencia deberíamos levantarnos todos de forma contundente y tenaz. Es la única forma lícita y humana de luchar contra las injusticias. Denunciándolas. Porque si nos callamos, sólo contribuiremos a que existan más inmoralidades.

El silencio, causado por el miedo o por la falta de fe en el fin del terrorismo, lo ha perpetuado.

Creo que lleva tanto años existiendo por no haber seguido una línea firme y contundente y, también, por culpa de las personas que se han rendido. Por quienes decidieron callar, consentir, o no creer en que podrían ganar.

Yo creo que sólo con el esfuerzo de todos, la unión de todos los partidos, respetando la legalidad y superando el miedo, se podrá vencer al terrorismo.

Creo que tenemos el compromiso de superar el miedo, o incluso hacer que lo sientan ellos, como ocurría años atrás en que los cuerpos y fuerzas policiales consiguieron mantener a los etarras amedrentados y sin esperanza.

También debemos mantener la esperanza de la paz. Porque es esa falta de esperanza lo que frena el progreso. Es la falta de fe la que nos aleja de la paz.

Sigo pensando que es posible esa convivencia pacífica que garantiza nuestra constitución. Y, como nadie nos va a devolver lo perdido en los atentados terroristas, pedimos que el terrorismo no triunfe.

Lo único que nos podría reconfortar sería ver cómo se acaba con la violencia, un fanatismo que jamás conseguirá sus objetivos.

Perder la esperanza es muy fácil, sólo con ver los grandes males que amenazan nuestro mundo, que atentan contra el bien común, podemos perder esa fuerza para seguir luchando.

Las víctimas conocemos muy bien esa falta de esperanza. Una carencia que de pronto te deja vacío. Te deja pasivo. Indefenso. Sin ganas de luchar. Te deja perdido. Sin motivaciones. Sin estímulo. La falta de esperanza es peligrosa porque te deja hasta sin aliento.

Por eso insisto en que no podemos refugiarnos en el miedo o en la pasividad ante esas realidades que están ocasionando una sensación de indefensión en el ser humano.

Al contrario, tenemos que luchar para que toda esa violencia y el dolor que desatan los actos terroristas, las enfermedades, los desastres naturales y demás situaciones límite, se transformen en retos que usemos para superarnos.

Porque aunque todos esos males, pongan a prueba la capacidad de sobreponerse de los supervivientes, la mayoría de las veces nos hacen más fuertes.

Quiero acabar con este toque de esperanza frente a cualquier tipo de violencia pero también recordando a todas esas personas cuyas vidas fueron arrebatadas en el nombre del odio.

Creo que la sociedad no debe olvidar nunca las consecuencias del terrorismo. Como ocurría en aquellos años en los que ETA mataba y la sociedad olvidaba. Eran los años más sangrientos del terrorismo etarra, en los que cientos de viudas tenían que ver cómo los asesinos de sus maridos las miraban con superioridad y desprecio. Y hasta las insultaban después de muertas.

Tuvieron que aguantar durante demasiado tiempo el trato privilegiado del que gozaban los asesinos, mientras ellas permanecían en el olvido.

Por eso, para no volver atrás, para que las víctimas no suframos de nuevo el olvido, para que se vele por los derechos de quienes los respetamos y para que se haga justicia, seguiremos luchando, desde la AVT y otras asociaciones, por Memoria, Dignidad y Justicia.

Para que no seamos el precio de la historia. Para que las huellas de la violencia no sean borradas. Y para que se haga justicia. Porque la justicia, es el motor y el alma de nuestro estado de derecho.

Muchas gracias.